

754099000001

F/5458

LA PUBLICIDAD EN LAS CALLES MADRILEÑAS DURANTE EL SIGLO XIX

POR MARÍA DEL CARMEN SIMÓN PALMER

La capital de España tiene en la actualidad perfectamente reglamentado cuanto se refiere a la publicidad en sus calles, de tal modo que llama la atención cuando un acontecimiento viene a alterar el orden establecido y se colocan carteles en paredes, árboles, etc.

Dónde y de qué manera se fijaban los anuncios en el siglo pasado, qué normas se seguían y cómo eran, son algunas de las preguntas que en parte vamos a tratar de responder a través de la documentación conservada en el Archivo de Villa de Madrid. Lamentablemente los centenares de ejemplares de anuncios que se citan en los libros de registro de Secretaría han desaparecido en su totalidad, con lo que nos hemos quedado sin poder conocer algo tan interesante como el aspecto, tanto formal como de contenido, de estos carteles.

Hemos ordenado este estudio fijándonos en los lugares en los que a lo largo del siglo se colocó esta publicidad.

Paredes de edificios

Fue el sistema más utilizado durante años, ya que permitía una difusión mayor de la publicidad al poder colocar los anuncios en cualquier punto de la capital y sin necesidad de permisos especiales. Vivían en Madrid varios hombres cuya profesión consistía en fijar estos carteles. Cuando un particular precisaba de sus servicios se dirigía generalmente al primero que encontraba por la calle y por una tarifa que oscilaba entre sesenta y setenta reales por centenar le contrataba, aunque era muy difícil controlar si efectivamente se colocaban los ejemplares entregados, porque resultaba prácticamente im-

R. 85.636



posible recorrerse todas las esquinas, con lo cual muchas veces resultaba estafado no sólo en el valor material de los carteles sino también en los intereses que esta publicidad le hubiera proporcionado.

La situación no era mucho más cómoda para el público, que tenía que hacer un auténtico acto de voluntad para encontrar la noticia que buscaba entre una mezcla de avisos de fiestas religiosas, gabinetes de curación de enfermedades secretas, etc., etc. Y la mayoría de las veces cuando acudía al espectáculo o a la tienda anunciada ya no ofrecían lo ofertado porque había pasado el momento.

Se señala repetidamente a lo largo de los años 1860, en distintos expedientes, el aspecto deplorable de la capital con anuncios pegados en las paredes de las casas y edificios principales y en los puntos más concurridos, colocados sin orden ni compás, mezclando los temas sagrados con los profanos y estropeando las fachadas con desconchones producidos por la humedad del engrudo. Este «aspecto abigarrado y churrigueresco» llegó a tal extremo que algunos edificios públicos decidieron colocar avisos de «No se permite fijar carteles», sistema que inmediatamente copiaron los dueños de las casas más importantes.

En 1868, Ramón Martínez Pinillos solicitó del Ayuntamiento que se le concediera el derecho exclusivo de fijar anuncios en las esquinas, con lo que se comprometía a acabar con todo aquel desorden, pero la Comisión de Policía Urbana, «enemiga de toda clase de privilegios», desestimó su petición. Intentó entonces el señor Pinillos otro camino para conseguir la licencia y se conserva una carta particular, pero con sello del Ministerio de Gobernación, en la que escribía el 28 de diciembre de 1868 a don Nicolás M.^a Rivero: «Muy Sr. mío y distinguido amigo: Según convinimos anoche me permito recordar a V. la proposición presentada por mí a ese Ilustre Ayuntamiento sobre "fijación en las esquinas de Madrid". = El principio privilegiado en que se apoya la comisión para desestimar mi proposición será siempre un obstáculo, y sino se prescinde de él, nunca se resolverá esta cuestión que creo de algún interés para esa Corporación...» Tan sólo un mes más tarde, el 29 de enero de 1869 el Ayuntamiento daba su conformidad a la solicitud¹.

Curiosamente el único ejemplar conservado en el Archivo de Villa de anuncio mural, coincide con el expediente más antiguo sobre el tema y al tiempo con el único de asunto político. Se instruyó a raíz de haber sorprendido la noche de 23 de octubre de 1843 el celador y su ayudante en la es-

¹ Arch. Villa. Secretaría. 5-92-71.

quina de la calle de Jacometrezo a unos improvisados anunciantes a los que detuvieron y llevaron a la Jefatura Política junto con los prospectos, escalera y demás útiles. Se ordenó la correspondiente averiguación, de la que resultó que uno de los detenidos, escribiente de profesión, había recibido aquella mañana dieciséis láminas y otros tantos carteles de manos del propio autor, apellidado Luján. Se trataba de una caricatura que anunciaba la publicación de un folleto titulado «Los periodistas asesinos o las víctimas de la libertad» y de un anuncio de la obra en verso que comenzaba así: «Adorna, pueblo noble, las esquinas / con los restos de tunos escritores / y después estermina los traidores / que en Francia se vendieron a Cristina...» Los detenidos ya habían recibido 24 reales por otros ejemplares colocados el día anterior en las calles de Buen Suceso, Angosta de Peligros, esquina a la de Alcalá, y Caballero de Gracia, esquina a la red de San Luis.

Motivado por esta detención se produjo un choque entre el Jefe Político que entendió que era labor del Alcalde el cortar el abuso existente en la redacción de los anuncios y la primera Autoridad que recordó que según la legislación vigente él no tenía por qué intervenir en aquellos asuntos, y que eran los Jefes Políticos o los Alcaldes Primeros los que tenían facultad para suspender la circulación de escritos «que pusieran en peligro la tranquilidad pública»².

Quioscos-retretes

Aunque actualmente resulte un tanto extraño, entre otros motivos porque ya han desaparecido, por fortuna, salvo algunos que continúan en parques públicos, los quioscos-retretes fueron otro de los puntos preferidos por los anunciantes para colocar sus carteles a mediados del pasado siglo, sin duda por su abundancia. Piénsese que, en 1862, Felipe Gómez conseguía el usufructo durante veinticinco años de cien de estos quioscos, lo cual no significa que fueran los únicos. En 1869 el Comisario de este ramo los calificaba como «padrones de ignominia que se ostentan en los mejores y más concurridos puntos de la capital con repugnancia de propios y extraños y, sobre todo, de las personas que conocen hasta qué grado se lleva en el extranjero cuanto concierne a la belleza y ornato de la población y a la decencia del público».

Tras la revolución de septiembre, la doble utilización de estos quioscos como servicios públicos y al tiempo como escaparate de anuncios, recibirá

² Idem, id. 4-2-74.

el beneplácito de las autoridades municipales que opinaron que con este sistema «se perdería la abusiva costumbre de emporcar los edificios con el repugnante espectáculo de tantos parches». Abundan entonces los proyectos presentados por particulares con las características comunes de pavimento de asfalto, columnas de ladrillo y techo de madera y zinc y dos departamentos para los retretes y la habitación del guarda respectivamente. Uno de los interesados en conseguir la licencia, don Manuel Garrido, había presentado ya dos instancias con un modelo de quiosco anunciador luminoso en 1868 y al no obtener respuesta decidió acompañar el tercer intento con una tarjeta de visita de don Cristino Martos, calle Príncipe, 27, en la que tan sólo ponía: «Al Sr. D. Nicolás M.^a Rivero, su afmo.» Dio la «casualidad» de que el Comisario de quioscos el 19 de abril de 1869, tras un largo informe sobre la necesidad de mejorar estos locales afirmaba: «He desechado todos los proyectos presentados, excepto el de D. Manuel Garrido, ya que, si he de ser justo, encuentro que contiene todos los extremos apetecibles.» El modelo presentado tiene retretes para señoras y caballeros, circunstancia que los hacía reemplazar ventajosamente a los existentes. Eran de hierro y cristal, con unos tableros en los que se fijarían los anuncios y con espacios para la venta de periódicos «y otros artículos decentes».

Gustó a las autoridades este proyecto «porque tras la revolución de 1868 es más que nunca incalculable el desarrollo que se advierte, gracias a la desaparición de las ominosas trabas que tenían encadenada la ilimitada inteligencia del hombre». Frase que no vemos qué relación puede guardar con la realización de un quiosco-retrete, pero que así figura textualmente en el informe dado con la licencia³.

Marcos

El sistema de los tableros o marcos en los que se fijaba la propaganda había sido ya adoptado en Sevilla, Cádiz y Valencia cuando en 1866 se presentan varias propuestas para implantarlo en Madrid. Se propone la fijación de doscientos o más marcos en distintos puntos de la capital, hechos según un modelo fijado por el Ayuntamiento, en los cuales sería obligatoria la colocación de los anuncios. Se recordaba que también en el extranjero se había impuesto a los anunciantes de colocarlos sólo en las vallas de las obras en construcción, o en las paredes de las casas que estaban siendo demolidas.

³ Idem, íd. 5-96-24.

La idea de los marcos gustó al Ayuntamiento, que a finales de 1867 encargaba a un Arquitecto municipal un proyecto para la realización de tres cuadros de hierro en forma de corredera, que se colocarían en las fachadas principales de la Casa Consistorial para los anuncios de la Corporación y al tiempo podría servir de modelo a los particulares⁴.

Vallas

Aún hoy subsiste la utilización de las vallas que rodean solares o edificios en construcción para la colocación de carteles de propaganda. Veamos dos ejemplos de instancias conservadas en el Archivo de Villa solicitando la correspondiente licencia. A don Valeriano Pérez, firmante de una de ellas, le fue denegado el permiso en un primer intento en el año de 1888, por lo que recurrió a la recomendación, procedimiento según podemos observar muy utilizado en este ramo, y en junio de 1889 escribía a don Sebastián Maltrona pidiéndole su ayuda: «... siendo la ocasión oportuna para que tú, si estás dispuesto a hacer algo en mi obsequio lo realices; y hasta puedes fijar el canon que he de pagar en cuatrocientas o quinientas pesetas anuales». Se le concedió el permiso por quinientas pesetas anuales⁵. En 1892, don Angel Muro, ingeniero y periodista, solicitó el uso y disfrute de la superficie total de cierre de tablas que entonces circundaba la Cibeles para la fijación de anuncios «útiles al público, al comercio y a la industria, con exclusión de todos aquellos que pudieran ofender la moral y buenas costumbres». Se fijó el impuesto en cincuenta pesetas el primer mes, sesenta por el segundo y tercero y cien pesetas a partir del cuarto, pero fue precisamente entonces cuando se le prohibió continuar con el negocio por no haber abonado ninguna de las cuotas. El agente ejecutivo informó que este señor no poseía bienes de su propiedad y que el cuarto que ocupaba estaba a nombre de otra persona⁶.

Luz Drumond

En la segunda mitad del pasado siglo se produjeron varias tentativas, sin éxito, para implantar en la capital de España un nuevo sistema de publicidad, al parecer importado de los Estados Unidos, y que incluía los anuncios por

⁴ Idem, íd. 5-96-19.

⁵ Idem, íd. 9-428-21.

⁶ Idem, íd. 9-429-37.



medio de la linterna mágica y la luz Drumond. El día 1 de febrero de 1876 don Joaquín de Ariza, que había obtenido el privilegio de introducción por cinco años, solicitó licencia para establecer en la Puerta del Sol o en un lugar similar un quiosco. El Ayuntamiento desestimó la petición alegando que «la vía pública debía estar siempre libre y desembarazada al tránsito»⁷. Cinco años más tarde don Fermín Berastegui presentaba su instancia para construir sobre una de las azoteas de las casas de la Puerta del Sol una caseta de madera, cuyo frente sería un telón de lienzo movable, con el único objeto de que se transparentasen en él los anuncios y cuadros disolventes. También en esta ocasión el Arquitecto Municipal informó en contra del permiso, «... ya que siendo un sitio tan sumamente concurrido y aun peligroso para el tránsito público, daría lugar a que los observadores de aquel espectáculo tubiesen constantemente obstruida la vía pública... y además hoy es casi intran-sitable la Puerta del Sol, por el cúmulo de vendedores ambulantes, de postes de luces de gas, coches-tranvías, urinarios, la fuente y otra multitud de obstáculos que se oponen a la fácil circulación y peligro en el tránsito»⁸.

En consecuencia, se siguió con los procedimientos habituales hasta entonces.

Biombos ambulantes

Alrededor de los años ochenta, si hemos de hacer caso de la documentación conservada, comienzan los empresarios a emplear los servicios de hombres que hacen de anuncios ambulantes, recorriendo las calles más frecuentadas y deteniéndose en aquellos puntos que no perjudicaban al tráfico. Arniches en *Es mi hombre*, inmortalizó este curioso tipo en la figura de don Antonio, que, agobiado por la situación económica, decide colocarse de anuncio ambulante, y metido en una gran botella de cartón, anuncia el coñac «Diez Cepas», hasta que un día al cruzar la calle de Alcalá le rompen el disfraz⁹.

La propaganda se colocaba generalmente en unos biombos cuyas medidas oscilaban alrededor de un metro de alto y cincuenta centímetros de ancho. El anunciante pagaba al Ayuntamiento una cuota mensual de una peseta por anuncio. No faltaban, eso sí, vendedores que al igual que el citado por Arniches preferían recubrir al hombre de algo alusivo a lo que ofrecía

⁷ Idem, id. 6-74-9.

⁸ Idem, id. 7-250-10.

⁹ ARNICHES: *Es mi hombre*. Teatro Completo, tomo II, 1921, págs. 881-82.



Modelo de cartelera metálica autorizada por el Ayuntamiento de Madrid en 1866.

LOS PERIODISTAS ASESINOS O LAS VICTIMAS DE LA LIBERTAD.

ORIGEN ORIGINAL EN PROSA Y VERSO

Alorna, pueblo noble, las esquinas
Con los restos de unos escritores,
Y después, eternizada los traidores
Que en Francia se vendieron a Cristina.

Esos pobres y viles escritores
Que vivís al lado de esa mesa,
Son mercedados y tantos saltadores
Que reparten impávidos la presa.
Son tipos escrotales de la España
A los que de lazos os hallados.
Malditos de baldío e infame cabal
Serviles de ministros manciñados.

Es corda de malditos brifones
Mensajeros de pillos latipus;
Cimitarios de traidores malditos;
Esclavos de traidores malditos.
Los viles al pueblo han fascinado
Por medio de periodistas malditos.
Por ellos los ministros vapuleados
A España han vendido y estafado.

Por ellos las minas asesinas
Han vendido su honor y dignidad.
Por ellos los ladrones a Cristina
Han besado sus manos desleadas.
Que podáis beber con grande mansuetud
A fin de castigar a los malditos.
Que han manchado su santa libertad.

Esta obra se adquirió con dos hermosos láminas, un precio de reales cada ejemplar en Madrid, y 7 en las provincias.
Hallase de venta en las librerías de *Soy y Tío*, calle de Carretas, y *Don*, calle Mayor.

Anuncio mural recogido por la policía el 23 de octubre de 1843. Al lado figuraba otro cartel con el retrato de los escritores a que alude el texto.

y sabemos por ejemplo que en 1887 don Fermín Ornela empleó un hombre forrado de transparentes con sus correspondientes rótulos¹⁰.

Por este procedimiento se anunciaban toda clase de productos, desde artículos de perfumería, mercería, etc., hasta espectáculos recién llegados a la capital como la actuación de los famosos Novios Liliputienses en 1887.

Impuestos por anuncios

Ya hemos visto las tarifas impuestas por el Ayuntamiento a cada tipo de cartel según el lugar donde se fijaba. Existía un contratista encargado de cobrar el arbitrio que frecuentemente tenía que recurrir a su calidad de Agente ejecutivo para actuar contra los contribuyentes que no pagaban. Así y todo los ingresos que por este concepto percibía el Municipio eran grandes, lo que explica las facilidades dadas para su colocación. Tan sólo en el mes de agosto de 1896 ingresaron en sus arcas 2.305 pesetas.

Hasta el año 1892 el Ayuntamiento no se ocupa de los anuncios públicos en sus Ordenanzas. A partir de entonces queda prohibido colocar ningún cartel, cualquiera que sea, fuera de los sitios destinados a este objeto y rasgar, ensuciar o arrancar anuncios y colocarlos sobre bandos a avisos de las autoridades¹¹.

¹⁰ Idem, id. 7-286-44.

¹¹ Ordenanzas municipales de 1892... Madrid, 1925, capítulo V, pág. 13.

